

MEGAN MAXWELL

*Yo soy* ERIC  
ZIMMERMAN

VOLUMEN II

NO APTO  
PARA  
MENORES  
DE 18 AÑOS

*Yo soy  
Eric Zimmerman.  
II*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Mike Watson Images / Moodboard / Getty Images Plus  
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: noviembre de 2018  
ISBN: 978-84-08-19621-1  
Depósito legal: B. 22.673-2018  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para mi Eric Zimmerman, por ser un hombre maravillosamente  
imperfecto al que me ha encantado enamorar, enfadar, calentar,  
desconcertar, excitar y volver loco, además de crearle una vida.  
Mis Guerreras/os y yo nunca te olvidaremos.  
¡Va por ti, gilipollas!*

MEGAN



*Riviera Maya, hotel Mezzanine*

El sol me achicharra...

Estoy rojo como un cangrejo...

Hace un calor de mil demonios...

Y la jodida arena, que se me mete por todos lados...

Pero observar cómo toma el sol mi preciosa mujer, Judith, es lo mejor del mundo.

Llevamos unos días de luna de miel en Tulum, México, y lo estamos pasando fenomenal.

Disfrutamos el uno del otro, nos bañamos en la playa, nos hacemos el amor con pasión y locura y, bueno, también aprovecho ciertos momentos para atender temas de Müller, mi empresa.

Cuando regreso al hotel tras una reunión, en la que he estado inquieto por no tener al lado a mi Jud, encargo en recepción que lleven algo a nuestra suite, y después, acalorado, me dirijo al bar que hay frente al mar. Allí, busco a mi mujercita con la mirada y, una vez que la encuentro tumbada sobre una bonita hamaca, me pido una cerveza. Estoy sediento.

Ella, que no sabe que la observo, toma el sol con sus auriculares puestos. Está preciosa, tentadora, y sonrío al ver cómo mueve los pies al compás de la música que escucha. Como ella dice, la música amansa a las fieras, y la fiera de mi niña está tranquila.

Parapetado bajo el techado del local para que el sol no lastime más mi maldita piel blanca, sigo observando a mi morenita. Con

placer, gusto y excitación, miro a la mujer que ha conseguido, sin proponérselo, que un hombre como yo pase por la vicaría y, por ella, sólo por ella, volvería a hacerlo mil veces más.

Soy un hombre casado.

Ella ha conseguido lo impensable en mí.

No me lo puedo creer, pero sonrío como un idiota al ver el anillo que Judith colocó en mi dedo y que, de pronto, es todo mi mundo.

Ella es mi mundo.

Un mundo sin Jud, sin sus besos, sus caricias y sus enfados, ya no sería mundo.

Me resulta imposible imaginarme la vida sin mi morenita. Tan imposible como pensar: «¿Cómo podía vivir yo antes sin ella?».

Estoy dándole vueltas cuando un niño pasa corriendo frente a mí y, de pronto, me acuerdo de Flyn y sonrío. Se ha quedado en Jerez con la familia de mi mujer mientras nosotros disfrutamos de nuestro viaje, y espero que esté bien. No lo dudo, aunque miedo me da lo que puede aprender junto a la incombustible Luz estos días y las trastadas que pueden hacer juntos.

¡Mejor no saber!

Me pido otra cerveza. Estoy sediento. Hace mucho calor.

Y, justo cuando voy a darle un trago, observo cómo un desconocido se acerca a Jud y se sienta a su lado en la arena.

¡Me pongo en alerta!

¿Quién coño es ése?

Interesado, no me muevo y pronto veo que comienzan a hablar. Es más, Judith sonrío. ¿Por qué le sonrío?

Los celos, esos grandes desconocidos para mí que sólo afloran con mi preciosa morenita, me inquietan, pero consigo apaciguarlos. Sé que he de hacerlo, porque sé que ese nuevo sentimiento no es bueno. No. No lo es.

Aun así, no me gusta ver cómo ese tipo mira a mi mujer. Soy un hombre y sé cómo miramos los hombres. Sin embargo, aún me gusta menos cuando ella ríe de esa manera que me vuelve totalmente loco.

¡Es tan bonita...!

Mientras charlan, Judith coge la crema y comienza a extenderla por su preciosa y morena piel.

¡Es tentadora!

Siguen hablando.

¿De qué hablarán?

Sin perder detalle, los observo mientras parecen divertirse, hasta que no puedo más y, sacando mi teléfono móvil del bolsillo de mi pantalón, le escribo un mensaje:

¿Ligando, señora Zimmerman?

Le doy a «Enviar» y, segundos después, observo cómo mi mujer coge el móvil que tiene sobre su cesto de mimbre y lee.

Acto seguido, se vuelve, me busca con la mirada, y nuestros ojos se encuentran.

¡La deseo!

Judith sonríe. Me dedica una de sus preciosas e inquietantes sonrisas, pero yo, excitado, sólo puedo pensar en hacerle el amor y soy incapaz de sonreír. Únicamente puedo mirarla.

Segundos después, ella me señala con el dedo y el desconocido que está a su lado me mira, se levanta y se apresura a marcharse. ¡Bien!

Jud vuelve a sonreírme.

Menuda bruja está hecha mi mujercita.

Me hace una seña con el dedo para que me acerque a ella. Pero no voy. Me resisto.

Y, al final, tras hacer uno de sus graciosos gestos, mi amor se levanta y, mirándome con una maquiavélica sonrisita, se quita la parte de arriba del biquini y la deja sobre la hamaca.

Cómo me conoce..., cómo me tienta...

Uf..., el calor que me entra al ver sus bonitos y tentadores pechos.

Sin moverme de donde estoy, disfruto de las vistas que mi mujer me ofrece mientras se acerca a mí y siento cómo mi entrepierna se endurece por segundos al ver sus bonitos pezones contraerse por el sol.

Se acerca...

Se acerca...

Y, cuando llega a mi lado, veo que se pone de puntillas y, tras darme un beso en los labios que me sabe a pura vida, la oigo decir:

—Te echaba de menos.

Me gusta. Me gusta saber lo que me ha dicho, pero necesito saber quién era ese con el que tan alegremente hablaba, así que pregunto:

—Estabas muy entretenida charlando con ese muchachito. ¿Quién era?

Judith sonríe. Yo no. Y al final responde:

—Georg.

No tengo ni pajolera idea de quién es ese Georg, y, por último, cuando insisto, Jud me explica que es un chico que, como nosotros, está de vacaciones con sus padres y que tan sólo se ha sentado a hablar con ella.

Sus explicaciones me hacen gracia, aunque más gracia me hago yo.

¿Cómo puedo ser tan celoso?

Y, sin más ganas de perder el tiempo pensando en aquel muchacho, sonrío y digo:

—En la habitación, en hielo, tengo algo que lleva pegatinas rosa.

Según digo eso, el gesto de mi niña cambia. Suelta una carcajada y sale corriendo hacia la hamaca.

Pero ¿adónde va?

A toda prisa, veo que recoge sus cosas, y sonrío.

Sin duda la botellita de pegatinas rosa le gusta, ¡y mucho!

Cuando regresa a mi lado, sin dudarle, la cojo entre mis brazos y, tras darle un suave beso en los labios, murmuro:

—Vayamos a disfrutar, señora Zimmerman.

Entre risas, besos y toqueteos, llegamos a nuestra habitación.

A nuestro paraíso...

A nuestro oasis...

Al entrar, Judith, que sigue entre mis brazos, suelta la bolsa que lleva en las manos. Ésta cae al suelo y ella, mirándome, exige:

—¡Bésame!

Sus deseos son órdenes para mí. Y lo voy a hacer. ¡Vaya si lo hago!

La temperatura sube..., sube y sube..., y en un momento dado tenemos tanto calor que debemos parar.

—Pon el aire acondicionado —pide Jud.

Con una sonrisa y sin soltarla, voy hasta el aparatito y lo conecto. Segundos después, el frescor maravilloso se deja sentir y, mirando la cubitera con la botellita de pegatinas rosa dentro, pregunto:

—¿Quieres beber?

Judith asiente y, tras un beso, la dejo en el suelo.

Rápidamente sirvo dos copas y, después de entregarle una a ella y que se la beba de un tirón, la deposita sobre la mesa y dice:

—Fóllame.

Divertido, afirmo con la cabeza y, en un tono íntimo de voz, murmuro:

—Cariño, te estás volviendo muy descarada.

Judith sonríe, me encanta su sonrisa, y replica:

—Sólo con usted, señor Zimmerman.

Una vez que dejo mi copa sobre la mesa, con la mirada encendida, acaricio sus desnudos y bonitos pechos mientras noto que ella desabrocha el cinturón de mi pantalón y murmura:

—Veamos qué tenemos aquí.

Me pone.

Mi mujer me pone muy duro. Burro. Animal.

Sus ojos..., sus maravillosos ojos oscuros están clavados en los míos. Vibro, ella me hace vibrar mientras su mano se introduce en mi calzoncillo y comienza a jugar con mi ya duro miembro.

Dios..., cómo me toca..., cómo me calienta lo que hace.

Sin más dilación, y sin apartar mi excitada mirada de la suya, me agacho y entierro el dedo corazón en su húmeda entrada.

Caliente..., mi amor está muy caliente.

Judith jadea. Separa las piernas para darme mayor acceso, quiere que continúe, desea que siga, y, embriagado por su dulce aroma a sexo, murmuro:

—¿Te gusta esto, pequeña?

Agarrada con una de sus manos a mi hombro y con la otra a mi pene, la dueña de mi vida asiente, tiembla y, tras sonreír, replica:

—¿Te gusta esto, grandullón?

Sus movimientos se hacen más intensos, más ardorosos, y, complacido, cierro los ojos.

Dios..., que no pare.

Me vuelve loco lo que hace. Ella lo sabe y, cuando nota que tiemblo, abro los ojos y, mirándome, Jud afirma:

—Eso es, cariño..., vibra para mí.

Sus palabras y el control que ejerce sobre mi cuerpo me enloquecen y, tras darle un más que caliente beso, saco el dedo de su interior, hago que suelte mi miembro y con rapidez me desnudo, mientras ella me observa sólo con la parte de abajo del biquini puesta. Le gusta mirarme tanto como a mí me gusta mirarla a ella.

Somos unos morbosos increíbles.

Una vez desnudo, mi pene erecto se eleva entre nosotros mientras contemplo la braguita de su biquini. Sobra. Y ella, que lee mi mirada, rápidamente dice:

—Ni se te ocurra rompérmela, que me gusta.

Acto seguido, se la quita ante mi sonrisa y, una vez que estamos los dos del todo desnudos, cojo a mi pequeña en volandas y, con el fuego abrasador carbonizándonos, introduzco mi duro sexo en ella de una sola estocada.

¡Joder, sí!

Jud se acopla a mí, grita enardecida y me exige que no pare.

Y no, no lo hago.

Una y otra vez, me introduzco en ella mientras nuestros cuerpos se unen, se enlazan en un perfecto juego de sexo, vida y seducción.

Judith, mi amor, ha aprendido a diferenciar entre follar y hacer el amor, y lo que quiere ahora es follar. Quiere sexo caliente. Quiere sexo ardoroso. Quiere sexo exaltado.

Y yo, deseoso de darle mi vida y todo lo que me pida, la apoyo en la pared de la habitación y me entrego a ella con dureza, pasión y desenfreno.

Somos unos animales del sexo.

Oír sus maravillosos ronroneos y sentir sus movimientos felinos mientras se acopla a mí me excita más y más cada segundo.

Somos lo que queremos ser en este momento. Dos jugadores, dos folladores, y nada ni nadie tiene que decirnos cómo disfrutarlo o no.

Entre sudores, me introduzco en ella una y otra vez. El placer es intenso.

Ella lo pide, lo exige, lo ordena mientras se abre para mí.

Los sonidos huecos del sexo se apoderan de nuestros sentidos y de nuestra habitación sin importarnos quién pueda oírnos.

Una..., dos..., siete..., veinte veces jadeamos, gritamos, nos tomamos.

Golpe a golpe, nuestros sexos hierven de deseo, mientras nuestros ojos y nuestras bocas se encuentran una y otra vez en busca de delirio y locura.

Pero siento que voy a explotar, mi cuerpo me lo dice, y más cuando ella susurra:

—Córrete dentro de mí.

Oírla decir eso me hace sonreír.

Sin duda, mi mujer está cambiando en muchas cosas, y una de ellas es en el tema del sexo; aún recuerdo cuando le daba vergüenza decir la palabra *follar*. Y, satisfecho de darle lo que me pide, asiento, y ella insiste, excitada y acalorada:

—Mójame por dentro. Hazlo ya..., hazlo ya...

Sus exigencias me vuelven totalmente loco, su voz, su deseo, y, tras una serie de feroces empujones que nos hacen paladear el placer, doy el definitivo e inundo sus rincones más íntimos con mi gran río de lava caliente.

Como he dicho, sus deseos son órdenes para mí.



Tras varios días de luna de miel, decidimos ir a visitar a nuestro amigo Dexter a México, D. F.

Allí, Judith enseguida hace buenas migas con Graciela, la asistente personal de Dexter, y con la familia de éste, y se lo pasa pipa cada vez que organizan una de sus fiestecitas. Mira que les gusta cantar y bailar a los españoles y a los mexicanos, algo que no tiene nada que ver conmigo, que soy un soso alemán. Por suerte, me respetan. No me hacen participar de la fiesta, y se lo agradezco. Se lo agradezco de corazón.

A raíz de ciertos comentarios de Judith, me doy cuenta de cómo Dexter y Graciela se miran con disimulo. Sin duda, entre ellos hay un vínculo que va más allá del de jefe-asistente, aunque mi amigo trate de ignorarlo.

Durante esos días, sigo disfrutando de mi luna de miel con mi mujer. El sexo es especial para nosotros y no nos privamos de lo que nos apetece, y más teniendo a Dexter a nuestro lado y su habitación del placer.

Visitamos varias veces la habitación, solos o acompañados, y Judith siempre es el centro de nuestro deseo. Eso sí, con su consentimiento. Nunca haría nada que ella no deseara ni permitiría que nadie la tocara sin su aprobación.

Allí lo pasamos bien con Dexter, que sigue llamando a mi mujer *diosa del placer*. Nos dejamos llevar por el morbo y los momentos calientes, y todo fluye como ha de fluir.

Hoy, Graciela, que nunca interviene en nuestros calientes en-

cuentros, y Judith han decidido salir de compras, por lo que yo me quedo con Dexter charlando y arreglando ciertos temas empresariales.

Estamos sumidos en la conversación cuando recibo un mensaje:

La tarjeta Visa ardeeeeeee.

Te quiero, cuchuflete.

Leer eso me hace sonreír como un tonto. Me gusta que Jud gaste dinero, que lo disfrute, que se dé caprichos.

Dexter, que me observa, pregunta:

—Güey..., ¿y esa sonrisita de huevón?

Al oírlo, vuelvo a sonreír y, mirándolo, respondo:

—Es el efecto Judith.

Él asiente.

—Sorprendido me tienes —dice sonriendo también.

—¿Por qué?

—Eric..., que nos conocemos —se mofa.

Vale. Entiendo a qué se refiere, pero, como necesito que me crea, insisto:

—Ella es lo mejor que me ha pasado.

Veo un gesto de incredulidad en mi amigo. Nos conocemos desde hace muchos años y nunca, pero nunca, me había pasado nada así con una mujer.

—Sé que no me crees —insisto.

—Macho. ¿Te has casado?

Asiento.

Es cierto, soy un hombre felizmente casado. He hecho algo que juré mil veces que nunca haría, e indico:

—Y lo volvería a hacer sólo con ella. Judith me hace del todo feliz.

Dexter se desplaza en su silla de ruedas. En silencio, va hasta el minibar que tiene en su despacho. Prepara dos bebidas y, mientras me entrega una, dice:

—¿Eso significa que ya no habrá más mujeres en tu vida?

Esa pregunta, que ni yo mismo me he planteado, me hace sonreír, y con toda tranquilidad respondo:

—Jud es la mujer de mi vida y habrá lo que ambos pactemos.

Él sonrío, da un trago a su bebida y cuchichea:

—Te conozco, y te gustan demasiado las mujeres.

—Ninguna como Judith.

Mi respuesta lo hace levantar las cejas y, curioso, pregunta:

—¿Qué tiene ella que no tengan las demás?

Pensar en Jud me hace sonreír y, tomando aire, respondo:

—Vida, amor, deseos, retos..., ¡lo tiene todo!

—Hey, amigo..., me estás asustando.

Asiento. Me asusto hasta yo, pero indico con sinceridad:

—Sé quién he sido con las mujeres, pero también sé quién soy hoy por hoy. Y aunque no me creas he de decirte que Jud, su felicidad, su bienestar y su amor son para mí lo único importante, Dexter. Siento que ella es mi mundo y ahora soy yo el que gira a su alrededor. Teniéndola a ella no necesito a otras mujeres, porque ella me lo da todo sin que ni siquiera se lo pida. Lo mejor de mi vida es estar en la suya. Sé que cuesta entenderme, pero estoy totalmente enamorado de ella y ésta es la única realidad.

Mi amigo, con el que he compartido muchas juergas y mujeres, tras escucharme asiente y murmura:

—No sé si darte el pésame o la enhorabuena.

—Sin duda, la enhorabuena —afirmo seguro.

Él vuelve a asentir y, cuando va a hablar, la puerta de su despacho se abre y aparece Juan Alberto, su primo. Es un tipo encantador, al que conozco y que le presenté a Judith, y al vernos pregunta:

—¿Qué platicamos hoy por aquí?

Yo sonrío, y Dexter dice:

—¿Te puedes creer que este huevón está enamorado?

Juan Alberto sonrío, me mira y afirma:

—Eso es relindo, y más cuando se acaba de casar.

Vuelvo a sonreír, parezco medio tonto con tanta sonrisa, y Dexter insiste:

—Pero dice que no necesita a otras mujeres. Que Judith se lo da todo.

Juan Alberto, que está preparándose una copa, se encoge de hombros.

—Eso es lo normal cuando encuentras a la persona idónea, primo, lo que no es nuestro caso. —Deduzco que matiza pensando en su reciente divorcio—. Lo ideal es pensar como piensa él. Ahorita, sólo el tiempo, las tentaciones y la suerte le dirán si acertó o no.

Ambos se callan, ninguno dice nada, y yo murmuro:

—Da gusto ver cómo me animáis.

Dexter y Juan Alberto sonríen, y entonces el primero dice:

—Güeyyyy..., Judith es maravillosa, pero sabes que no creo en las relaciones de pareja y...

—¿Y qué tienes tú con Graciela? —pregunto sin poder contenerme.

Según digo eso, Juan Alberto suelta una risotada. Como diría Jud, ¡aquí hay tomate!

—Maldito pincheeeee... —murmura Dexter—. ¿Qué tiene que ver Graciela en esto?

Juan Alberto se sienta a mi lado y, deseoso de saber, insisto:

—A ver, Dexter. Sé que no crees en las relaciones de pareja, pero llevo unos días aquí y soy consciente de vuestras miraditas. ¿O acaso me lo vas a negar?

Incómodo, él se toca el pelo y finalmente responde:

—Es la mejor asistente que he encontrado, ¿de qué platicas?

Juan Alberto ríe, tose y, cuando Dexter lo mira ofuscado, sonrío.

Bueno..., bueno..., ¿qué no me está contando mi amigo? Y, sintiéndome como una portera, como diría Jud, insisto:

—Cuéntame..., no me engañas.

—Mira, pinche huevón —gruñe haciéndome reír—, no he de contarte nada. Es más, aunque tu mujercita me parece un cielo de muchacha, creo que te has echado a perder.

—¡Venga, hombre! —Río divertido mirando a Juan Alberto.

—¿Qué dice Björn de todo esto?

Encantado, sonrío y, tras dar un trago a mi bebida, indico:

—Está feliz por mí.

Dexter menea la cabeza, no lo convence mi respuesta, y matiza:

—Björn es como yo, y como eras tú. Sin duda, esa mujer te ha atontado, pero cuando se te pase el efecto novedad te darás cuenta de que la has cagado casándote.

Suspiro.

Está claro que no cree en lo que siento. Eso me enerva, adoro y amo a Jud. Pero, cuando voy a responder, Juan Alberto suelta:

—Le gusta Graciela, pero teme ser rechazado por ella.

—¡Serás huevón! —protesta Dexter al oírlo.

Sin poder remediarlo, sonrío. Nunca hemos hablado de sentimientos en lo referente a las mujeres. Los hombres no solemos sincerarnos en esos temas, que para nosotros son de blandengues. Y, clavando la mirada en mi buen amigo, cuchicheo:

—Creo que te equivocas.

—¿Acaso ahorita vas de experto? —se mofa él.

Sonrío de nuevo, no lo puedo evitar.

Intuyo que Dexter está tan confundido como yo cuando no entendía qué era lo que me pasaba con Judith, e insisto:

—Por la forma en que ella te mira, no creo que te rechace.

El gesto de Dexter se suaviza, sin duda le gusta oír lo que digo, pero mueve la cabeza y susurra:

—Imposible...

—Nada es imposible cuando uno lo quiere —insiste Juan Alberto.

—¿Y eso me lo dices tú, que te acabas de divorciar?

Él sonríe, se encoge de hombros y responde:

—Como dijo el gran Groucho Marx, el matrimonio es la principal causa del divorcio. Por tanto, cuidado, Eric..., ¡que te has casado!

—Serás huevón. —Dexter se carcajea.

Yo también río. Esos dos mexicanos juntos son tremendos.

—Que a mí me saliera mal no quiere decir que también tenga que salirte mal a ti —insiste Juan Alberto—. Las personas somos diferentes. Nunca olvides eso, Dexter.

Me gusta lo que dice, tiene razón. Entonces Dexter baja la voz y suspira:

—No puedo hacerle eso. A ella, no.

—¿Hacerle qué, primo?

Dexter da un trago a su copa y, mirándolo, indica:

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, Juanal. Como hombre, no puedo ofrecerle lo que tú o Eric podéis darle. Ella es joven y...

—Entonces te gusta, ¿verdad? —Lo corto. Dexter me mira, resopla, y yo, interesado, insisto—: ¿Lo has hablado con ella?

Él niega con la cabeza. Veo el dolor y el miedo en su mirada y, sin poder callarme, prosigo:

—Vamos a ver. Graciela es tu asistente. Es la persona que sabe mejor que nadie lo que puedes o no puedes hacer; ¿acaso es tan grave hablar con ella?

—¡Ni loco, güey!

Juan Alberto y yo nos miramos. Qué cobardes somos los hombres para el amor.

—Mantengo a raya ciertas cositas —añade Dexter.

—¿Por qué?

Él me mira. Creo que, si pudiera, se levantaría de su silla de ruedas para darme un puñetazo. Y con gesto hosco indica:

—¿Acaso he de decirte el porqué?

Se hace un silencio en el despacho. Sin duda estamos tocando un tema delicado que a Dexter le duele.

—Ella es dulce y cálida —dice entonces—. Suave y templada. ¿Qué crees que pensaría si supiera ciertas cosas de mí?

No respondo, no puedo, y, acelerado, él añade:

—No creo que le gusten nuestros juegos, y aunque he soñado mil veces con ponerle sus redondas nalguitas rojas, creo... creo que se asustaría. Si ella supiera lo que me gusta, lo que me excita, lo único que puedo hacer, me vería como... como...

No sigue, no puede, y finalmente matiza:

—Sería una locura acceder a algo que tarde o temprano me haría daño. Esa preciosa mujer se merece un hombre..., un macho de verdad, y no un...

No continúa. Dexter se calla y, al ver el dolor en sus ojos, indico:

—Si aquí hay un hombre, un macho de verdad, ése eres tú.

Él me mira, sonrío y susurra encogiéndose de hombros:

—Gracias, amigo. Gracias por tus palabras. Pero prefiero no entrar en asuntos del corazón. Graciela es demasiado inocente y buena para no merecerse algo mejor en la vida, y ese algo no soy yo.

—Yo no opino lo mismo —afirma Juan Alberto.

—Mira, pinche huevón. Lo que tú opines o dejes de opinar me da lo mismo. ¿Entendido?

Juan Alberto sonrío, ya conoce a su primo, y, suspirando, me guiña un ojo y afirma:

—No hay mal que cien años dure, ni pendejo que los aguante.

Dexter finalmente sonrío y, cuando lo veo, pienso: «Si yo he encontrado el amor cuando menos lo esperaba, ¿por qué no lo va a encontrar él?».